

Edgardo Mocca

Conflicto agrario, elecciones y después

Edgardo Mocca

Politólogo.

Profesor, Universidad de Buenos Aires.

Director de la revista

Umbrales de América del Sur (CEPES)

Es muy difícil encontrar un antecedente histórico donde el resultado de una elección haya estado tan asociado al desenlace de un episodio conflictivo particular como lo estuvo el de los comicios del último 28 de junio, con la puja en torno a las retenciones móviles a las exportaciones agrarias desarrollada entre marzo y julio de 2008. El nexa es difícil de recusar: aunque puedan encontrarse otras pistas explicativas del pronunciado retroceso electoral del oficialismo, es evidente que la protesta motorizada por las corporaciones agrarias funcionó como engranaje de articulación y potenciación del malhumor social contra el kirchnerismo.

La derrota del kirchnerismo no puede ocultarse ni minimizarse. Perdió poco menos de quince puntos porcentuales desde la elección presidencial y fue derrotado en la estratégica votación de la provincia de Buenos Aires, a manos de una coalición ocasional, siempre al borde de la fractura y encabezada por un afortunado empresario cuya experiencia política y carisma lucen, por lo menos, altamente discutibles. La formación de mayorías parlamentarias favorables a las iniciativas gubernamentales, que ya no era sencilla desde la sesión del Senado en la que Cobos votó contra el gobierno del que forma parte, es más difícil con la nueva composición del Congreso resultante de la elección.

El vínculo orgánico entre conflicto agrario y elección tiene y seguramente seguirá teniendo, profundas significaciones para el escenario político argentino. Acaso la principal hasta el momento sea el hecho de que el gobierno no fue derrotado por un partido o una coalición adversaria sino por un difuso estado de ánimo social que creció en los días del conflicto y todavía sigue ejerciendo su influencia sobre la política argentina. Lo que se expresó en las urnas fue una amplísima coalición entre sectores económicamente dominantes, grandes medios de comunicación -que forman parte, además, del poder económico- y vastos sectores sociales distanciados progresivamente del gobierno a partir de dificultades económicas potenciadas por la manipulación oficial de las estadísticas de precios. No sirve de nada la denuncia del supuesto carácter "antinatural" de esta alianza social: no hay ninguna alianza "natural", todas son, en última instancia, procesos de construcción política de hegemonía. En el mismo sentido, la denuncia del carácter "antipopular" de las clases medias puede servir para aliviar alguna conciencia intranquila pero es una brújula muy pobre para una política transformadora. Es algo así como un determinismo pregramsciano, en el que los dispositivos sociales antagónicos tienen una constitución objetiva inmune a la lucha y al discurso político. En medio del duro conflicto agrario, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner enunció la necesidad de una "batalla cultural" en torno a las cuestiones de la distribución de la riqueza y el proyecto productivo del país. Es sin duda la batalla principal y para encararla con éxito es prioritario aceptar que el balance de la estrategia puesta en juego hasta aquí no es favorable. Por otro lado, la naturaleza democrática del régimen político argentino, cuya usurpación causó tantas desgracias, entraña una exigencia de principio para las fuerzas de inspiración popular: con el objetivo de hacer avanzar un proceso de transformación, es necesario construir mayorías sociales y nada aporta en esa dirección la bronca impotente por las deserciones y las "traiciones".

Hay una significación menos evidente pero igualmente operativa. Es la enorme dificultad para transfor-

mar una vaga sensación social mayoritaria adversa al gobierno, en una alternativa política electoral y de gobierno. Los comentaristas de los principales medios de comunicación han puesto en el centro de sus críticas a la supuesta falta de capacidad, iniciativa y audacia de la oposición para capitalizar el resultado de la última elección. Despojados de todo barniz de objetividad e independencia, los consejeros mediáticos de la oposición demandan la unidad del arco antikirchnerista, solamente posible, dicen, si se dejan atrás intereses particulares. Más de una queja en la misma dirección suele escucharse de los líderes de las cámaras patronales del agro, que se jactan de haberles servido en bandeja el éxito electoral a algunos candidatos que no parecen estar a la altura de las circunstancias.

El problema es que "la oposición", así en singular y como sujeto político autónomo del mundo del poder económico y de los complejos mediáticos simplemente no existe. No se pretende decir que no haya dirigentes y partidos opositores. Tampoco que los que existen no estén en condiciones de vertebrar los apoyos necesarios para ganar las futuras elecciones presidenciales. Se sostiene, en cambio, que los líderes de la oposición no tienen situada la misma prioridad estratégica ni tienen los mismos tiempos que la resistencia mediático-empresarial al kirchnerismo.

El peronismo disidente era y es la gran esperanza del antikirchnerismo militante. Se esperaba que después de los resultados electorales en la provincia de Buenos Aires, sobreviniera una rápida desertión de las fuerzas oficialistas en el Congreso, en busca de nuevas referencias partidarias

alternativas a los Kirchner. Tal centrifugación, al menos hasta ahora, no se produjo. Simplemente, los caudillos provinciales peronistas perciben que el debilitamiento del poder central no promete venturas para las administraciones provinciales en medio de las secuelas de la crisis internacional, ni dejaría demasiado margen para una recomposición justicialista con vistas a disputar el gobierno en 2011. Duhalde procura constituirse en el armador de la contestación justicialista al gobierno. Sin embargo, en épocas de debilitamiento de identidades y estructuras partidarias, no parece haber mucho lugar para armadores que sufren la doble orfandad de poder territorial y adhesión en la opinión pública. Lo intuye Reutemann quien gentilmente devolvió la invitación del dirigente de Lomas de Zamora a asumir la candidatura y el liderazgo justicialista proponiendo que, en lugar de actuar como promotor, Duhalde mismo se propusiera como candidato. Nada está cerrado en el justicialismo y cualquiera sea la táctica que se abra paso entre los opositores al gobierno, está claro que tarde o temprano asistiremos a una dura disputa por el control de la maquinaria "confederal" del partido. Al radicalismo tampoco le resulta sencillo plegarse a las demandas urgentes de la oposición mediática. Viene de hacer una elección que puede interpretarse como una resurrección del centenario partido, después del descalabro de su última gestión de gobierno. Claro que esa recuperación no es el fruto de una estrategia partidaria, sino una contingencia bastante casual: Julio Cobos, expulsado "de por vida" de la UCR por su acompañamiento del kirchnerismo en la última elección presidencial, ha alcanzado una *pole po-*